



PERROS VERDES

Antonio Invernón

SEMBLANZA DE CARLOS BARRAL

Es difícil definir con una sola palabra lo que fue Carlos Barral. Si a él se le pudiera preguntar, es muy probable que contestara que poeta, pero no es descartable que dijera marinero. Lo cierto es que su labor más conocida es la de editor, pero también fue político, y sus libros más celebrados son en prosa, concretamente sus memorias, aunque también escribió novela y libros de viajes.

Nuestro personaje fue eso y muchas cosas más: un gran animador cultural, y un opositor al régimen franquista, con ficha policial en la que este burgués de buena familia, educado en los jesuitas, y propietario de editorial, constaba como “enemigo irreconciliable del Régimen, filocomunista de tendencia anarquista”.

Carlos Barral nació en Barcelona, en 1928, en el seno de una familia burguesa, propietaria de una industria gráfica especializada en material para la educación. Su padre murió de un infarto cuando él contaba con ocho años de edad. No obstante esta temprana muerte, las influencias del padre marcarán la total existencia del hijo, puesto que, tras finalizar sus estudios de Derecho, comenzará a trabajar en la empresa familiar, a la cual transformará radicalmente, creando una división editorial puntera en España con repercusión internacional. Asimismo, el lugar elegido por el padre para veranear, y en donde comprará una casa de pescadores, transformándola en vivienda, constituirá el paraíso primigenio para el hijo, que siempre considerará Calafell, pueblecito de la costa de Tarragona, como el sitio al que acudir.

Podemos decir de nuestro autor que lo llevó todo al extremo. Así, como editor, fue reconocido internacionalmente, relacionándose con la élite

cultural europea y americana; dando a conocer en España a autores nacionales como Marsé, Martín Santos o García Hortelano, e internacionales como Pavese, Böll o Lessing; y, todavía más importante, presentó al mundo la literatura latinoamericana que, gracias a él, ha sido protagonista cultural durante más de medio siglo y reconocida con dos premios Nobel: Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. El editor Barral fue intuitivo en sus búsquedas y regaló a los lectores los frutos de su trabajo, plagado de grandes aciertos.

La lengua castellana ha de estar doblemente agradecida a Barral, porque la condujo como poeta a sus límites expresivos y porque realizó algo que hoy parece obvio, pero que no existió hasta que él le dio carta de naturaleza: la creación de un cuerpo de lectores en este idioma que, cuando él comenzó su labor, era tan solo un grupúsculo de reinos de taifas, en los que los mexicanos no leían a los autores argentinos, ni los peruanos eran leídos en España.

Sus tres libros de memorias fueron muy celebrados. Del primero de ellos, *Años de penitencia*, publicado en 1975, el escritor y exministro Alberto Oliart, amigo de Barral desde los tiempos de la Facultad de Derecho, cuenta que el hispanista Raymond Carr le comentó en 1977 que este era el libro, de cuantos él había leído, que mejor reflejaba el ambiente de la España franquista entre el 39 y el 50. *Los años sin excusa*, publicado en 1978, continúa la historia contada, que culmina en *Cuando las horas veloces*, galardonado con el Primer Premio Comillas de biografía en 1988.



Marinero en costa

Como hombre de mar tuvo su propio barco, en el que recorrió toda la costa catalana, dominando las artes de la navegación, mezclándose perfectamente con los pocos pescadores que fueron quedando en Calafell tras la transformación que sufrió este municipio (que de pueblo de pescadores pasó a ser, como tantos otros, sede de domingueros y veraneantes). Carlos Barral comienza siendo del segundo grupo, pero acaba formando parte del primero. En su poema “Hombre en la mar”, de su libro *Diecinueve figuras de mi historia civil* (1961), escribe:

Porque conocía el nombre de los peces,
aún de los más raros,
y el de los caladeros, y las señas
de las lejanas rocas submarinas
(...)
sabía casi todo de aquella vida simple,
de aquel azar diario y primitivo

El personaje de hombre de mar es uno de los que utilizó con más gusto. Barral solía pasearse por Calafell descalzo, con su gorra de marino, su faja y sus pantalones arremangados, cuando no estaba sentado en el paseo marítimo, frente a su casa, con su bañador infinitesimal como única indumentaria.

Convirtió a este municipio costero en el lugar de sus aventuras marineras, fuente de inspiración para su poesía y en refugio de escritores. Por esta localidad, y gracias a la capacidad de atracción de Barral, pasaron autores de la talla de Julio Cortázar, Alfredo Bryce Echenique, Jaime Gil de Biedma o Mario Vargas Llosa. En este pueblo han tenido casa Gabriel García Márquez y Jorge Edwards; tiene casa todavía Juan Marsé; y sigue viviendo la viuda de Barral, Yvonne, cuya familia conserva un restaurante en primera línea de mar.

Realizar un completo viaje al Calafell de Carlos Barral implica necesariamente visitar el “Museo Barral”, que abrió sus puertas el 8 de septiembre de 2004 y que tiene su sede en la antigua vivienda del escritor. En este museo se

mezcla de forma brillante la exposición de lo que era la antigua vida marinera del municipio (hoy centro turístico importante de la costa catalana) y la explicación de la figura y buen hacer de nuestro escritor. Podríamos añadir un tercer punto de evidente interés: el propio Barral nos cuenta en sus *Memorias* que Mario Vargas Llosa, en una de sus muchas estancias en esta casa, redactó buena parte de su novela *La casa verde*. Por tanto, y desde un punto de vista estrictamente literario, este museo nos comunica con magnífica certidumbre lo que significó Carlos Barral, nos muestra el que fue uno de sus lugares principales de trabajo y nos permite conocer uno de los sitios cuyas paredes han acogido a todo un premio Nobel en acción.

Años de formación

Su trabajo en la editorial no fue una pasión verdadera (aunque se le acercó), ni tampoco lo fueron sus estudios. En sus *Memorias* nos indica cuál fue su criterio para elegir la carrera de derecho: “En realidad lo que me decidió a preferir el derecho a las letras fue el carácter descriptivo y culturalmente inocuo de las disciplinas jurídicas” (pág. 216). Sin embargo, en el programa de entrevistas televisivo *A fondo* (1976), expresó que había cursado derecho porque, el día que tenía que matricularse, había menos cola en la ventanilla de derecho que en la de filosofía y letras. Es muy probable que en alguna entrevista posterior diera una tercera o cuarta explicación de este hecho, distinta de las anteriores. Lo común a cualquier versión es que todas ellas conducirían, por diferentes caminos, al mismo resultado: su nulo interés por la carrera cursada.

Sirva esto como ejemplo de que este poeta de la palabra precisa no es un memorialista de los hechos concretos. Él mismo expresa que, aunque podría recurrir a sus notas y a su diario de la época, no lo hace, porque, más que un relato exacto cronológico, pretende expresar “el curso natural del recuerdo”. Esto provocó la irritación de alguno de sus coetáneos, que leyeron versiones de hechos en los que ellos también participaron que no respondían a la realidad; para los

lectores no puntillosos en cuanto a los hechos, estas *Memorias* son una delicia, puesto que, con un lenguaje que podríamos calificar de majestuoso, se nos muestra la trayectoria vital de una persona interesantísima, que se abre de carnes (nos da flagelantes detalles de sí mismo, de su intimidad, que muy bien podría haberse ahorrado) y nos muestra lo que vivió y cómo lo vivió.

La universidad constituyó el punto de encuentro con personas con las que compartiría muchos buenos momentos a lo largo de su vida: Gil de Biedma, Alfonso Costafreda, Alberto Oliart, Jaime Ferran, Jose María Castellet. El bar de la facultad era el lugar de reunión principal de un grupo destinado a constituir lo que más tarde se llamaría la "Escuela de Barcelona".

El poco aprovechamiento que sacó de una carrera que, sin embargo, superó sin problemas, nos muestra una característica muy acusada de nuestro personaje: su gran sentido de la responsabilidad. Hace una carrera que no le gusta, porque considera que es lo que procede; comienza a trabajar en el negocio familiar, porque es el destino natural de este hijo de la burguesía catalana; tiene una familia convencional (con cinco hijos); y veranea allí donde su padre compró la casa. Algunas cosas las hace con gusto, otras no, pero las hace.

Poeta de la experiencia

Barral quiso siempre ser poeta, pero no se lanzó a las calles de París a seguir la estela de Mallarmé o Rilke, por citar dos de sus poetas más admirados (al segundo, incluso, lo tradujo al español). Al igual que su amigo y gran poeta Jaime Gil de Biedma, que nunca abandonó sus responsabilidades en la compañía de Tabacos de Filipinas, Barral siempre procuró cumplir con sus obligaciones. La noche era de ellos; el día,

de sus obligaciones, de sus otros personajes.

Junto con otros miembros conocidos de la élite cultural y económica catalana, eran los protagonistas de la vida nocturna barcelonesa, reuniéndose en sus propias casas, en restaurantes, o en conocidas discotecas como "Bocaccio". Su estilo de vida nocturno y su ideología, contradictoria con su membresía a la clase alta, hicieron que se les calificara como la "*gauche divine*".

Su poesía, caracterizada por el propio Barral como "poesía de la experiencia", manifiesta esta temática. En *Informe personal sobre al alba y acerca de algunas auroras particulares* (1972) impreca al amanecer, con su tremenda llegada, porque devuelve a su víctima, del modo más cruel y sin posibilidad de remisión, a la cruda realidad del día, a las obligaciones inherentes

a los quehaceres cotidianos. En su poema "Contra el alma o enemigos del alba", expresa:

El alba se apodera de ti como una mueca
enyesada, como una cara ajena
o máscara que hunde sus cuernos en las

sienes,
el alba que te empuña, que te arroja
indefenso a la vida de los otros.

Las desagradables responsabilidades vienen con el amanecer, la cual borra de un plumazo todas las horas de placer que la han precedido, como si no hubieran existido, como si nunca pudieran volver a existir. Solo quedan las secuelas negativas, fruto de una gran ingesta de alcohol. Así, en su poema "Evaporación del alcohol", de *Usuras* (1965), podemos leer los siguientes versos para describir la resaca: "no poderse incorporar simétrico", "ser puesto como



a parir el universo”, “Y notar los goznes en la espalda”, “Zozobrar en lo blanco, ser apenas/capaz de nadar sobre la sábana”, o

Olvidar la alegría de la noche, el joven compañero que hemos sido y hemos visto quedarse en el portal ávido de aventura.

Su lenguaje poético está basado en la precisión idiomática, el rigor, la búsqueda de la exactitud, con la utilización de cultismos, términos desusados y jerga marinera. Se hace necesario leer sus poemas con un buen diccionario al lado, que nos indique con detalle las distintas acepciones de un mismo vocablo, porque nuestro poeta gusta de las palabras que tienen varios significados, y considera un poema acabado cuando es posible darle varias lecturas diferentes.

La televisión nos ha proporcionado un documento importantísimo en el estudio de Carlos Barral. En el programa *A fondo*, citado anteriormente, podemos ver a una persona con imagen de aristócrata, con larga barba sin bigote, y el cabello largo y ordenado. Hombre de verbo fácil, al que se escucha con gusto, y que resume en su alocución lo que ha sido su vida hasta ese momento (recién publicado el primer libro de su autobiografía, *Años de penitencia*). La entrevista está plagada de frases que, para un amante de la literatura son alimento casi espiritual: “editar es mi veneno (...) pero siento cierta fatiga, el oficio está perdiendo nobleza, pero puede ocurrir algo que lo vuelva a levantar (...). He ido a la edición con una vocación literaria (...). Ahora, en España, el desinterés por la literatura es total, no se lee, no se escribe. Pero esta situación no puede durar, de un momento a otro volverá a prender esta necesidad en una serie de gentes que están destinados a ella”.



El penoso paso del tiempo y la decrepitud física que conlleva, con la pérdida de ánimo y de vitalidad, es una de las constantes referencias en su obra. Las últimas palabras en la citada entrevista articulan una expresión con doble significado, (“digamos que sí [que conservo las ilusiones de siempre]”), y el tono con que se pronuncia deja entrever, aun más, que las ilusiones realmente se han quedado en el camino.

El mismo año de la entrevista, y por circunstancias ajenas a su voluntad, su labor de editor acabó e inició una breve carrera política que le llevó a ser Senador por Tarragona, en las listas del PSC-PSOE.

Carlos Barral murió de repente, en 1989, a la edad de 61 años.

Finalizaré este artículo con una frase que podría muy bien servir de epitafio y resumen de su vida: “...la más personal y más seria de mis convicciones: que la adicción a la literatura era eminentemente salutífera, que el culto a la obra literaria, desde cualquier ángulo de dedicación, redime de casi todos los pactos de resignación con la vida diaria.” (*Memorias*, pág. 317).

En 1959, Carlos Barral, junto con una amplia representación de la generación poética del cincuenta, acudió al cementerio en donde está enterrado Antonio Machado, en Colliure, con motivo del vigésimo aniversario de su muerte. En el caso del poeta, hombre de mar, editor, prosista y memorialista catalán no hay tumba a la que peregrinar. Las aguas de Calafell acogieron sus cenizas.